

*Divulgación
científica*

Información e industria: periodistas en medio de la batalla

*Antonio Calvo Roy**

La presente reflexión examina críticamente la relación existente entre la empresa –entendida ésta no como engranaje dentro de la rueda de la economía sino como productora de ciencia y divulgadora de conocimientos científicos– y la información científica considerada como bien público. En este sentido, pone especial atención en el rol de los periodistas que se dedican a informar sobre ciencia en los medios. Más aún, incorpora elementos al debate del lugar que deberían ocupar los periodistas científicos en la sociedad, su relación con los propios científicos, los medios y la audiencia en general; y sobre un tema de vieja data en el periodismo: el adecuado tratamiento de las fuentes informativas.

La industria que produce ciencia y el periodismo tienen una relación necesaria para ambos, pero con requerimientos propios. Mi aproximación a esta cuestión, primero como periodista especializado en temas científicos y ambientales solicitador de información y más tarde como fuente (formando parte de gabinetes de comunicación de organismos públicos relacionados con el suministro de información científica y ambiental), determina, por tanto, un punto de vista particular; que es, en todo caso, un punto de vista desde la trinchera de los periodistas. Lo primero que quiero aclarar, por tanto, es que voy a ocuparme de la empresa, de la industria, no como engranaje dentro de la rueda de la economía sino

como productora de ciencia y divulgadora de conocimientos científicos. Esta distinción es en algunos casos muy clara y en otros más sutil, ya que la empresa, en general, no produce conocimiento *per se* sino con una idea finalista, es decir, para vender más y mejor. Y esto es, por supuesto, no sólo lícito sino positivo. Las empresas que entienden que necesitan innovar para prosperar tienen más posibilidades de subsistir que las que no.

Desde este presupuesto, la relación de la industria con la divulgación científica es una relación interesada. Y quiero dejar claro que si digo interesada no quiero decir espuria. Me parece bien que esa relación sea así y, sobre todo, que se sepa que es así.

* Periodista científico.

Los departamentos de investigación y desarrollo de las industrias, sea cual fuere el campo al que nos refiramos, lo que tratan siempre es de encontrar productos o sistemas que mejoren las expectativas económicas de la empresa. Esto es así cuando, por ejemplo, una empresa farmacéutica desarrolla un nuevo producto y cuando una industria química elabora un filtro o un sistema que le permite reducir su nivel de contaminación ambiental.

En ambos casos, las empresas necesitan que sus descubrimientos, en un sentido amplio del término, sean conocidos y valorados, no sólo por sus pares sino por el conjunto de la sociedad. Y esto ocurre no sólo con la industria y el mundo empresarial sino, cada vez más, con la ciencia y la tecnología, con el sistema de investigación y desarrollo en su conjunto. En un universo tan competitivo como es el mundo científico, además de publicar en revistas científicas importantes, es necesario dar a conocer a la opinión pública los descubrimientos si se quiere contar con garantías a fondos, públicos o privados, que permitan seguir con la investigación. Y las empresas, evidentemente, buscan la publicidad que supone intervenir en la rueda del progreso y de la invención. Lo que sucede debido a esa especie de carrera mediática, ajena al

comportamiento habitual histórico, sería objeto de otro debate que, aunque muy interesante, se escapa del tema que quiero tratar.

En este punto me gustaría hacer una pequeña digresión sobre una cuestión que, desde que la conocí, me ha llamado poderosamente la atención. En el estudio sobre la política científica española que hizo al final del decenio de los años ochenta Miguel Ángel Quintanilla, con los datos, por cierto, de los años de más crecimiento de las inversiones en I+D en España, se demostraba que cuanto más dinero público recibían las empresas privadas para esas actividades, menos fondos propios gastaban en este concepto.¹ Quizá no había calado todavía en el tejido industrial de nuestro país, y creo que cada vez cala más –aunque no dispongo de datos exactos y puede que sea más un deseo que una realidad– la idea que he señalado antes según la cual hay una relación muy estrecha entre I+D y subsistencia empresarial. En este mismo sentido, José Manuel Sánchez Ron señalaba en una reciente conferencia que si bien la producción científica de España crece con cierta rapidez, la que procede de las empresas se encuentra estancada. La producción científica de las empresas españolas, según el *Science Citation Index*, dice Sánchez-Ron,

¹ M. A. Quintanilla (1992), “Evaluación de políticas científicas”, mimeo, Salamanca, Universidad de Salamanca.

es del 1% del total nacional, y hace ocho años era del 2%, mientras que en otros países llega al 7 u 8%.²

Volviendo a la cuestión anterior, tenemos, por tanto, como primera conclusión, sin duda de *Perogrullo*, que las industrias, y en general los laboratorios de investigación, quieren aparecer en los medios de comunicación con motivo de sus investigaciones científicas. Y, para hacerlo, necesitan mediadores, que son periodistas científicos o especializados en cuestiones ambientales, de los que, con mayor o menor grado de especialización y de experiencia, ya suele haber en todas las redacciones.

Tanto los periodistas científicos como los que trabajan sobre temas ambientales son, somos, en primer lugar periodistas. Es decir, no tenemos, habitualmente, sólidos conocimientos científicos, y menos aún sobre todas las disciplinas sobre las que con frecuencia hay que escribir. La especialización, en este caso, llega exclusivamente hasta este punto. No es frecuente, al menos en España, que haya periodistas que sólo escriban sobre espacio, biotecnología, energía o física cuántica, sino que, más bien, hay que hacer de todo. Esto tiene, sin duda, sus ventajas y sus inconvenientes.

Siempre que se debate sobre periodismo científico hay una cuestión que sale a relucir y sobre

la que hay opiniones encontradas. Dado que, como hemos señalado, no es posible la especialización, ¿no sería mejor que el periodismo científico lo llevaran a cabo científicos con dotes para la comunicación en vez de periodistas a los que les gusta la ciencia? Me apresuro a responder que no, al menos en mi opinión.

Un periodista científico debe tener, como primera actitud, la de dejarse sorprender por el mundo de la ciencia. No, desde luego, como un papanatas con la boca abierta ante cualquier suceso, pero sí debe ser capaz de vibrar ante el despliegue de inteligencia que supone el desarrollo científico. Pero su trabajo fundamental es el de ser periodista, es decir, contar lo sucedido, saber, como dice la vieja máxima del oficio, cuántos son y qué les pasa. Y debe dar la información que interesa a los lectores, la información que su sensibilidad le dice que es más interesante. Creo que, en cuestiones de información científica, es muy importante poner lo que se cuenta en relación con la persona que va a leerlo. Las informaciones alejadas de la realidad cotidiana –y las científicas tienen una cierta tendencia a serlo– son con frecuencia poco interesantes, y menos aún comprensibles, para el público no especializado. Por eso, el, o la, periodista científico debe ser antes periodista que científico, antes

² J. M. Sánchez Ron (1997), “Falsos mitos: ciencia vs. tecnología. Reflexiones sobre política científica”, conferencia pronunciada en la Fundación Repsol, 25 de febrero de 1997.

comunicador que biólogo, matemático o ingeniero nuclear.

Por otra parte, un conocimiento exhaustivo, como el que se le supone al especialista, sobre un tema concreto puede determinar que se pasen por alto explicaciones aparentemente muy obvias para quien escribe y que no lo son para quien lee. Un libro sobre genética y comportamiento de los animales, por ejemplo, es leído por una persona que ya está predisposta a leerlo, que está interesada en ello. Los periodistas estamos compitiendo por la atención de los lectores o de los oyentes en cada momento, y si la información no es atractiva, y para serlo debe ser antes comprensible, perderemos la atención del público, que no sabe qué es una enana marrón pero está perfectamente al día de las cláusulas del contrato del último fichaje de cualquier club de fútbol.

Sin embargo, no es lo mismo, mejor dicho, no es siempre lo mismo, el periodismo científico y la divulgación científica. Aunque hay veces en que la frontera no esté clara, en la mayoría de los casos sí lo está. Buena parte de las informaciones sobre cuestiones científicas, para ser comprensibles –incluso para quien las escribe– deben estar acompañadas de explicaciones, de divulgación, pero la información en sí misma no debe ser divulgación. Los científicos

divulgadores son, en nuestra cultura, una rara avis que los periodistas vemos con solidaridad y a los que con frecuencia recurrimos. No son habituales, pero hay algunos. En la ciencia anglosajona los divulgadores científicos que vienen del campo de la ciencia son legión y, en algunos casos, verdaderos maestros de deliciosa lectura. Pero está muy clara la diferencia. Richard Dawkins, para citar solamente a uno de ellos, es un científico que ha escrito libros excelentes, y de gran éxito, pero no es un periodista científico. *El gen egoísta*³ o *El relojero ciego*⁴, en mi opinión dos obras maestras de la divulgación, no son trabajos periodísticos. El divulgador explica y opina, el periodista, informa. Como reza el lema periodístico de Lester Markel, “lo que ves es noticia, lo que sabes es conocimiento, lo que sientes es opinión”. Y los periodistas científicos, por lo general y como cualquier otro periodista, debemos ceñirnos a lo primero, a contar lo que vemos.

Así llegamos al título de este trabajo: “Información e industria: periodistas en medio de la batalla”. Porque lo que vemos, como suele ocurrir en las batallas, no es una imagen nítida y comprensible sino, con frecuencia, sólo algunas partes del todo que debe componer una información. Y, además, entre brumas.

³ R. Dawkins, (1993), *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta*, Barcelona, Salvat.

⁴ R. Dawkins, (1988), *El relojero ciego*, Barcelona, Labor.

¿A quien tenemos que hacer caso los periodistas? El problema de la credibilidad de las fuentes, una de las piedras angulares de la información, cobra aquí especial relevancia. En muchas ocasiones las informaciones son, si no contradictorias, al menos no congruentes. Un hallazgo, un desarrollo, un sistema, no puede ser al mismo tiempo bueno y malo ¿O sí? ¿Sigue siendo verdad aquello de que lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos? ¿Y lo que es bueno para Monsanto? ¿Cómo se enjuicia una noticia?

La respuesta, en mi opinión, debe ser como la que apareció en un periódico de Galicia. Un ciudadano que quería vender su motocicleta insertó el siguiente anuncio en un diario de pequeña tirada: "Vendo motocicleta, no por necesidad sino por razones que podré explicar personalmente. Está en perfecto estado. No sirve para ir a Madrid o a Barcelona, pero sí para ir a Vigo o a La Coruña; y es que, cada cosa tiene su cosa".

Efectivamente, cada cosa tiene su cosa. Los periodistas, los informadores, para distinguir con precisión a quienes están al pie del cañón de la noticia diaria de quienes están al pie del cañonazo de la columna de opinión, no somos, no debemos ser, ni vendedores ni patrocinadores ni tenemos que ir otorgando certificados de bondad o patentes de corso. Tenemos, eso sí, la obligación de contrastar la información y, desde luego, de

otorgar la importancia adecuada a las fuentes.

No puede ocupar el mismo lugar en una información la opinión del científico que acaba de publicar un artículo en *Nature*, que ha pasado por un sistema de revisión más o menos estricto (sobre el sistema de revisión por pares también habría mucho que decir), por ejemplo, que la de quien, manteniendo un criterio diferente, no tiene avales académicos o científicos. Es preciso tener algunos referentes que permitan jerarquizar, para evitar que en una noticia sobre la llegada de un vehículo a Marte, en el titular aparezca la opinión del astrólogo y en el último párrafo la del astrónomo. Cada cosa tiene su cosa.

En todo el mundo de la información ésta es una cuestión importante, pero cobra especial relieve en la información científica y es de primer orden en la información sobre ciencia e industria, por las razones a las que antes hacía referencia. Una fuente interesada (pero, insisto, no creo que haya fuentes que no lo sean) siempre tratará de arrimar el ascu a su sardina, de hacernos creer que su descubrimiento sólo supone ventajas. Es necesario tener referentes capaces de ofrecernos a los periodistas opiniones basadas en informaciones que estén más cerca de la objetividad. El mundo académico es, sin duda, el lugar en el que hay que buscar estas fuentes que nos permitan poner en su sitio la importancia de la información, aunque después

veremos que no es una tarea sencilla.

Hasta ahora me he referido exclusivamente a la información que las empresas pueden ofrecer sobre novedades científicas, hallazgos o desarrollos en un campo determinado. Hay otro punto que también tienen interés y que es el de la información en, digamos, velocidad de crucero. Creo que, en términos generales, las empresas han hecho un considerable esfuerzo en los últimos años para dar información sobre sus actividades normales, aunque hay algunas excepciones notables. Siempre se informa bien de lo bueno, de lo que no es comprometido, pero con demasiada frecuencia no se informa de lo que no es positivo, ni aunque se pregunte.

Una de las acusaciones más habituales que se vierten sobre la industria nuclear, para poner un ejemplo muy evidente, es, precisamente, el oscurantismo. Lejos de la máxima de Salvador Dalí, "que hablen de uno, aunque sea bien", hay empresas que opinan "que no se hable de uno, ni aunque sea bien". Y eso, desde mi punto de vista, tiene más desventajas que ventajas. La primera desventaja es que favorecen el que se piense que "si no lo dicen, es que algo tienen que ocultar". Una información rápida y veraz evitaría muchos de los problemas que con frecuencia tiene el mundo nuclear. Pero tiene que ser rápida y veraz.

El concepto periodístico de la rapidez suele chocar con el criterio

de veracidad, al menos en opinión general de los técnicos. No se puede, dicen los técnicos, dar una información que sea al mismo tiempo rápida y con absolutas garantías de verosimilitud. Siempre hay cabos por atar, siempre hay que hacer comprobaciones posteriores, siempre hay que repetir la prueba cuarenta y ocho horas más tarde. Pero eso no invalida el que haya que dar la información rápida. No se pide que a los tres minutos de que pase algo se tengan ya todos los datos y en disposición de ofrecerlos, pero sí debe darse la información que se tenga, sujeta siempre a los resultados de investigaciones más detalladas. Si no se hace así, siempre se pensará, con razón o sin ella, que se trata de camuflar algo, de encontrar datos que permitan rebajar la importancia del suceso.

Quiero también apresurarme a decir que esto no es una cuestión exclusiva de la industria nuclear: sólo que se ve más. A nadie le gusta sacar al aire sus vergüenzas, y siempre se juega con la esperanza de que nadie se entere de lo que ha pasado, cuando lo que ha pasado no es positivo. Pero eso es cada vez más difícil y, por tanto, siempre es mejor ir por delante de la noticia que por detrás. No sólo en cada caso concreto, sino que se consigue crear un clima de confianza con los mediadores a los que antes hacía referencia que siempre resultará positivo. La confianza genera credibilidad, aunque implica también que hay que estar siempre detrás del teléfono. No es posible invocar la

confianza con las maduras y desaparecer con las duras. Es más, sólo estando presente en las duras será posible obtener rendimientos en las maduras.

Me gustaría ahora volver sobre un asunto que me parece especialmente importante y sobre el que ya he avanzado algo anteriormente. Se trata de las fuentes, de la necesidad de los periodistas de contrastar la información con referentes objetivos que sepan, cuando el periodista no es capaz de hacerlo debido a la especialización o a la complejidad de la noticia, situar una información concreta dándole el valor que le corresponde. Porque las informaciones que aparecen en los medios, en el conjunto de todos ellos, son las que van a ayudar a conformar la opinión pública sobre cualquier cuestión. Ya sabemos que no es lo mismo la opinión pública y la opinión publicada, pero creo que hay cierta relación entre ellas. Si es cierto lo que en el mes de junio escribía Arcadi Espada en su columna semanal de *El País*, de Madrid, "ninguna batalla decisiva de la contemporaneidad puede producirse fuera de los medios", todo esto cobra especial importancia. En todo caso, más tarde volveremos sobre este asunto.

Los referentes, decía, tienen una importancia considerable a la hora de saber colocar una información en el lugar que le corresponde. Y, en general, sea cual fuera la noticia científica, siempre tiene partidarios y detractores, excepto que se trate de

avances en medicina fuera de la órbita de la biotecnología. El de la biotecnología es sin duda un caso paradigmático que también nos va a servir para ilustrar la influencia de los medios en la creación de opinión pública. Por lo que se refiere a las fuentes, que como ven me preocupan especialmente, en este campo encontramos opiniones contradictorias, incluso dentro del mundo académico. En términos generales, no tienen la misma opinión los científicos de un laboratorio que los científicos, que también los hay, que trabajan en las asociaciones ecologistas. Estas asociaciones gozan de gran prestigio como fuente de información, aunque decreciente según lo que yo detecto entre los periodistas que hacen información científica o ecológica, debido, creo, a que con frecuencia han recurrido al alarmismo sin que la alarma, en algunos casos, se haya visto refrendada por la realidad. Y también debido al cansancio que produce vivir siempre esperando que venga el lobo. Las organizaciones ambientalistas, decía, han manifestado rotundamente su posición, en realidad, su oposición, frente a la comercialización de productos alterados genéticamente, los famosos transgénicos. Encontramos, pues, dos academias con opiniones contrapuestas, las dos con fundamento científicos, y las dos siendo las fuentes básicas de información.

Permitanme en este punto un comentario que puede ilustrar

algunas de las cuestiones que antes apuntaba. Las organizaciones no gubernamentales, por regla general, tienen buena relación con los medios porque trabajan bien. Ofrecen abundante información, en general elaborada para que resulte comprensible, y tienen una capacidad de respuesta rápida y eficaz. Han generado un clima de confianza con los medios. Eso, entre paréntesis, debería ser un ejemplo para todos. Gracias a ese clima, no se habla de productos "alterados genéticamente", sino que únicamente se habla de "productos manipulados genéticamente", lo que sin duda tiene una importante carga semántica. Manipular es malo y el debate nace ya con problemas para los defensores de estas técnicas, que tienen que ponerse desde el principio a la defensiva. A nadie le gusta lo manipulado. Las empresas que desarrollan estas técnicas hablan de "mejorados" genéticamente, pero es un término que no ha calado. El periodista debe elegir un término para referirse a estos productos y escoge siempre el que le ofrece más información en menos espacio o, por qué no decirlo, el más llamativo. Cuando se utiliza el término "manipulado" ya se está tomando partido, con independencia de la postura que cada uno tenga en esta polémica, en la que no voy a entrar; y aún diría más: se toma partido aunque no se sea consciente de ello. Simplemente quiero señalar cómo adecuadas estrategias de comunicación ofrecen resultados mejores.

En cuanto a la credibilidad que los periodistas conceden a las organizaciones no gubernamentales, en el II Congreso Nacional de Periodismo Ambiental, (Madrid, 25 y 26 de noviembre de 1997), y en el curso de una mesa redonda, decía un representante de Greenpeace que ya no tienen en cuenta a los periodistas a la hora de planificar sus campañas porque se han vuelto tibios y han perdido la combatividad de hace algunos años. Verdaderamente sintomático. ¿Son ahora los periodistas más críticos con la información de las asociaciones no gubernamentales? ¿Deben ser los informadores más militantes?

Sobre la polémica de los productos alterados genéticamente, es posible que en los próximos meses asistamos a una estrategia más agresiva por parte de las industrias biotecnológicas, ya que han contratado los servicios de la empresa de relaciones públicas Burson Marsteller, experta en clientes digamos problemáticos, como las dictaduras de Argentina, Nigeria o Corea del Sur y desastres como el del Exxon-Valdez, o la tragedia de Bhopal. Pronto veremos puesta en marcha su estrategia para convencernos a todos de las bondades de los productos de sus clientes. No sé si tiene relación con ello, pero el Parlamento Europeo, después de haberlo rechazado varias veces, aprobó hace muy pocos días, por 388 votos contra 110 y 15 abstenciones, que sea posible para las empresas europeas, igual que ya lo es para

las de Estados Unidos o Japón, patentar genes humanos con aplicación médica.

En diciembre de 1997 ha aparecido un folleto titulado *El maíz sigue siendo el maíz. ¿Por qué necesitamos la tecnología genética*, que también es revelador de esta nueva estrategia. Lo ha editado la empresa Novartis (el resultado de la fusión de Sandoz y Ciba) y no es preciso decir que canta las maravillas de esta "nueva biología".

Pero, retomando el hilo anterior, la credibilidad de cada uno depende de más cosas que de la relación que se tenga con los periodistas, incluso para los propios periodistas. Según el estudio *La biotecnología y los expertos*, de José Luis Luján, Federico Martínez y Luis Moreno, investigadores del Instituto de Estudios Sociales Avanzados, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de España, hecho mediante 421 entrevistas a cuatro grupos de expertos (biotecnólogos que investigan en centros públicos, biotecnólogos de la industria, médicos y periodistas científicos), las universidades, seguidas de los organismos públicos de investigación, los colegios profesionales y la industria son los colectivos que ofrecen mayor credibilidad en sus informaciones. Estos expertos, contrariamente a la opinión que se refleja entre la

población general en los *eurobarómetros*, no otorgan gran credibilidad a las organizaciones no gubernamentales. Ni estos expertos ni la población general, por otra parte, otorgan mucho crédito a las informaciones procedentes de la administración.⁵

Volviendo a la cuestión de las fuentes, que no quisiera que resultase obsesiva, pero que lleva camino de serlo, es difícil encontrar a alguien cuya opinión sea respetada por todos. Quien hable a favor de la alteración de los productos lo hará porque tiene intereses más o menos conocidos, y quien opine en contra lo hará desde posturas ideológicas y no científicas. ¿Con qué carta nos quedamos los periodistas? ¿Tendremos que recurrir a la linterna de Diógenes para encontrar a un persona íntegra, a un hombre o a una mujer, con un inequívoco sentido de la verdad?

Tal y como se ha planteado la cuestión, se trata, sin duda, de un problema para los periodistas, de una dificultad más que añadir a la rapidez que exige el jefe de sección, siempre con su aliento sobre el cogote del periodista ambiental o científico. Al redactor que hace política, economía o deportes se le puede esperar, dado que su jefe entiende que no puede escribir el resultado del partido hasta que éste no finalice, o que no

⁵ J. L. Luján, F. Martínez y L. Moreno (1996), *La biotecnología y los expertos. Aproximación a la percepción de la biotecnología y la ingeniería genética entre colectivos de expertos*, Madrid, CEFI.

se pueden obtener declaraciones de quienes han estado en una reunión hasta que no acabe, pero no suele haber la misma sensibilidad con la información considerada blanda. Las páginas de estos temas que nos ocupan deben ser las primeras que se terminen, para ir adelantando el trabajo en el periódico, así que siempre se dispone, además, de menos tiempo. Y esto nunca es suficientemente entendido por quienes luego critican los trabajos aparecidos.

Rota esta lanza en favor de los colegas, me gustaría volver a la cuestión de cómo determinar el valor de las fuentes, la credibilidad de cada una. Creo que deben tenerse en cuenta algunas cuestiones. Con respecto a las académicas, hay una cuestión general que me parece importante. La comunidad científica, una fuente de información de primera magnitud, es un mundo bastante cerrado y que otorga crédito a sus miembros de acuerdo con sus propias normas y, sobre todo, de acuerdo a sus propios intereses. Un científico es respetable porque consigue publicar en revistas de prestigio, lo que a su vez le permite obtener prestigio que le facilitará el conseguir fondos para hacer trabajos que volverán a publicarse en buenas revistas, etc. Es lo que el padre de la sociología de la ciencia, Robert K. Merton, llama el efecto Mateo, recordando la

parábola que cuenta este evangelista, según la cual “al que tenga se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tenga se le quitará hasta lo poco que tenga”.⁶ Esto hace que teorías científicas que están fuera de los paradigmas establecidos tengan una gran dificultad para abrirse paso en las revistas, aunque sean teorías sólidas, mientras que aquello que está dentro del paradigma necesita menos investigaciones para resultar fiable. De esto hay multitud de ejemplos, algunos de ellos recogidos en un libro que me permite recomendar: se trata de *El Golem*, de Harry Collins y Trevor Pinch. En él se pasa revista a siete u ocho trabajos científicos desarrollados a lo largo del siglo xx, que se analizan desde este punto de vista, desde la óptica de su relación con los paradigmas establecidos.⁷ Es un trabajo recomendable tanto para científicos y tecnólogos como para periodistas, puesto que ayuda a desmitificar un mundo con frecuencia elevado a altares de fiabilidad excesivos. Esta aproximación desde el mundo académico a la ciencia, este poner en cuestión, en definitiva, algunos de sus cimientos más sólidos es, creo, una buena manera de acercarse a ello. Sabiendo que no hay palabras escritas en letras de oro, que todo es más relativo de lo que con frecuencia podría deducirse

⁶ R. K. Merton (1977), *La sociología de la ciencia*, Madrid, Alianza, vol. 2, cap. 20.

⁷ H. Collins y T. Pinch (1996), *El Golem*, Barcelona, Crítica.

de la firmeza con la que lo explica el experto correspondiente, podemos hacernos mejor la idea de que no es necesario sentar cátedra en cada información, sino sólo reflejar el estado de la cuestión, contar, con la mayor precisión y claridad posible, aquello que nos han contado.

Pero, por otra parte, no quiero decir con esto que todo lo que se diga desde el sistema sea siempre interesado y todo lo que se diga contra el sistema sea digno de elogio y producto de desinteresada bondad. Sólo me gustaría resaltar que si el científico es la persona que trabaja para dejar atrasado su propio trabajo, no es siempre útil tomar como definitivo lo que lleve una prestigiosa firma científica detrás. Especialmente en aquellas cuestiones sobre las que caben dudas. Es decir, el paradigma de la formación del universo está bastante bien establecido y cuenta con las suficientes pruebas como para que una teoría que lo contradiga precise de argumentos tan claros y contundentes que parece muy improbable que se dé, pero esto no es aplicable en todos los casos.

Por otra parte, no hay que pensar que los argumentos que piensan lo contrario son buenos de suyo. Las organizaciones no gubernamentales tienen sus propios intereses y, en todo caso, aun suponiendo que actúen de buena fe, puede que dentro del esquema global del mundo que tratan de imponer haya cuestiones que más allá de su repercusión ética real tengan una repercusión estética que entre en contradicción con la

suya, por lo que resultan desecharables a priori.

Hay que buscar, por tanto, a quien teniendo los conocimientos no vaya a dar respuestas condicionadas ni por sus apriorismos ni por sus intereses. Y no es fácil. Como se habrá comprendido ya, el corolario de esta reflexión es, al mismo tiempo, un jarro de agua fría y una llamada a la responsabilidad. Si, dentro de ciertos márgenes, resulta imposible encontrar fuentes absolutamente fiables, debe ser la sensibilidad del periodista la que sepa discriminar, según su leal saber y entender, qué tiene importancia, cómo debe ser tratada cualquier cuestión concreta y, en todo caso, reflejar siempre las diversas posturas sin tomar partido. Pero, que quede claro, hablo siempre dentro de ciertos márgenes. Poner en cuestión cosas evidentes tampoco es bueno. Discutir, como antes decía, el paradigma del *Big Bang* como hipótesis que explica la formación del universo no lleva a ningún sitio y el periodista que en una información dé verosimilitud a otra hipótesis, por ejemplo a las que sostienen los creacionistas, es sencillamente un indocumentado. Esto, pues, nos obliga a estar al día de lo que pasa en el mundo de la ciencia, en muy diversos campos, puesto que para actuar ateniéndose al leal saber y entender de cada uno, primero hay que saber y entender uno mismo, al menos lo fundamental.

En la cuestión a la que vengo haciendo referencia, las semillas alteradas, manipuladas o mejoradas genéticamente, es cierto que no

sabemos qué puede pasar con ellas. Insisto en que no quiero entrar en la polémica en cuestión; no es fácil todavía saber quién tienen razón, si es que la tiene alguien y si es que la tiene uno solo. Me interesa ver cómo se desarrolla la polémica, cómo sucede esa "importante batalla de la contemporaneidad" sobre la que los periodistas tenemos que informar y que tiene una trascendencia enorme para todos: para la ciencia y su desarrollo, para la industria y, desde luego, para los habitantes de nuestro planeta. Y debe comprenderse, además, que no se trata de una cuestión exclusivamente científica, puesto que tiene importantes consecuencias económicas que nos afectan a todos. Eso no quiere decir que se puedan invalidar argumentos científicos con criterios económicos, pero que no se trata sólo de una discusión científica. Para abarcar este asunto, hay que tratarlo desde diversos puntos de vista. Y en esta polémica, en la que nos encontramos frente a una nueva ventana de conocimiento y, por tanto, frente a una nueva ventana de posibles sucesos que afectan a multitud de campos, al periodista le resulta muy difícil encontrar una mujer o un hombre bueno.

Tanto en este tema como en otros hay que separar, como digo, las cuestiones puramente científicas de las que están en el entorno. En el caso de las semillas genéticamente alteradas, creo que sería positivo separar la controversia científica y sus implicaciones ecológicas de las

cuestiones económicas. Igual que hay que separar, en la polémica de la clonación, las cuestiones científicas de las ambientales o filosóficas. Y creo que deben estar separadas no como periodista, sino como ciudadano. No creo que deban ser los científicos quienes, subidos en el púlpito de su inaccesible saber, dicten en exclusiva las normas éticas de la investigación. Como ciudadano exijo información suficiente para poder opinar. No son los científicos los portadores exclusivos de la sabiduría que nos llevará a todos por el buen camino. Ni lo son los ecologistas o los filósofos.

Quizá con un ejemplo se entienda mejor lo que quiero decir. Yo exijo a los científicos suficiente información sobre métodos anticonceptivos, pero no quiero que ellos, y sólo ellos, tomen la decisión sobre sus usos. La decisión particular debe ser de cada individuo, dentro del marco legal del que nos hemos dotado todos mediante nuestros representantes parlamentarios. Como ciudadano, me interesa el desarrollo de la píldora que permite detener el embarazo con los menores riesgos para la mujer, pero la opinión del investigador que la ha desarrollado, o de cualquier otro, me interesa tanto como la de cualquier otra persona informada. Y, desde luego, insisto, la decisión no deben de tomarla los científicos exclusivamente, aunque, sin duda, es necesario escuchar sus opiniones.

No hay, pues, una única respuesta, pero creo que los

periodistas, sin perder la esperanza, debemos tratar de buscar fuentes solventes, conocedoras de la cuestión y sin ningún tipo de interés en ella —si es que eso existe, que ya hemos visto que es ciertamente complicado—. Y, luego, cuando se haga la información, escribir tratando de mostrar lo que vemos, no lo que sabemos ni lo que sentimos. Y, además, reflejando lo que dicen todas las fuentes, y cuando escribamos sobre lo que sienten, dejar claro que eso es una parte de la verdad, complementaria con otras sensibilidades distintas o, incluso, contrapuestas.

En relación con las opiniones vertidas en los medios, según un estudio sobre la ingeniería genética y la prensa elaborado por Carolina Moreno y otros investigadores del Instituto de Estudios Sociales Avanzados, del CSIC, se echan en falta editoriales y opiniones de expertos sobre estas cuestiones.⁸ En este estudio, que no se refiere directamente a la polémica sobre los transgénicos puesto que fue hecho con anterioridad, se recogieron informaciones aparecidas en tres diarios españoles —*Abc, El País* y *La Vanguardia*— entre 1988 y 1993. Concretamente, se analizaron 712 informaciones sobre una muestra total de 2.000. Como primera conclusión destaca, precisamente,

que la mayoría de las informaciones aparecidas en ese período y en esos medios trataban de ser neutras. Incluso cuando se contaba con la opinión de científicos expertos, en general del mundo académico y no del industrial, no mostraban su opinión sino que trataban de informar sobre los sucesos concretos.

Es decir que este estudio, sin querer yo también arrimar el asca a mi sardina, dice que las informaciones, en general, tratan de ser neutrales, tratan, sencillamente, de informar. Y que, por otra parte, sería bueno que los expertos con opinión, desde cualquiera de los campos, la mostraran para posibilitarnos a todos que nos fuéramos formando una opinión propia sobre cuestiones tan complejas, y tan apasionantes.

Para terminar, me gustaría traer a colación el trabajo *Biotecnología y sociedad. Percepción y actitudes públicas*, que Luis Moreno, Louis Lemkow y Ángeles Lizón publicaron en 1992.⁹ Se contrasta en esta publicación la escasa fiabilidad que los medios de comunicación ofrecen a los científicos, aunque también a los miembros de organizaciones no gubernamentales, cuando informan sobre estas cuestiones. Aunque esta conclusión, de 1992, se refiera fundamentalmente a la

⁸ C. Moreno, J. L. Luján y L. Moreno (1996), “La ingeniería genética humana en la prensa”, Madrid, Documento de trabajo 96-04, IESE.

⁹ L. Moreno, L. Lemkow y A. Lizón (1992), *Biotecnología y sociedad. Percepción y actitudes públicas*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Transportes.

biotecnología, tengo la impresión, que refuerza la idea, quizá un poco corporativista, según la cual si dos colectivos con opiniones contrarias no encuentran reflejada en los medios su postura con la suficiente claridad como para opinar que se informa adecuadamente, puede deberse a dos posibilidades: o se

informa muy mal de verdad o se hace bien pero no a gusto de las partes. Déjenme ser un poco parcial y un poco optimista y pensar que, quizá, lo que pasa es que los periodistas estamos en nuestro sitio: sin contentar a ninguna parte, aunque informando a todos. □